

PENÍNSULA COISEAS

Grecia, viaje de otoño

Xavier Moret

Hombres, dioses y templos
en la cuna de Europa



Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Introducción

Primera parte. Los gallos de Ática

1. Sunion, rey del mar y del viento
2. Sintagmas y metáforas
3. La belleza polémica de Atenas
4. El vértigo de los Propileos
5. Los fantasmas del Partenón
6. De los misterios de Eleusis a la Grecia profanada
7. Tebas, tierra de mitos y héroes

Segunda parte. Primera aproximación a las islas

8. Hidra, o las islas como estado mental
9. Spetses, la isla de El Mago y de Bubulina
10. La isla de Egina y la cabeza de san Jorge

Tercera parte. El Peloponeso

11. «Al beber el sol de Corinto»
12. Epidauro: el teatro
13. El oro de Micenas
14. Nauplia, con luz de mar
15. De los guerreros de Esparta a los últimos bizantinos
16. Monemvasía, una joya abierta al mar
17. Mani, la puerta del inframundo
18. Los ojos de la Serenísima República
19. Olimpia, el sueño roto

Cuarta parte. Grecia central o Roumeli

20. El Lepanto de Cervantes
21. Los pulmones de lord Byron
22. El Corfú de los hermanos Durrell
23. Meteora, los monasterios del aire
24. Delfos, el ombligo del mundo
25. El paso de las Termópilas y el hinojo de Maratón

Quinta parte. Islas y más islas

26. Creta I: Del minotauro a la playa de los hippies
27. Creta II: Montañas, nazis y la cueva de Zeus
28. Creta III: El rastro de Zorba el griego

29. Santorini y la Atlántida
 30. Días tranquilos en Amorgós
 31. Filoxenia en Naxos
 32. Folegandros, una isla abrumada por la belleza
 33. Miconos, la isla más turística
 34. Delos, el santuario de Apolo
 35. Skópelos, la isla de Mamma Mia!
 36. Los caballeros de Rodas
 37. Rodas se mueve
 38. El santo «ladrón» de Simi
 39. El pequeño paraíso de Kastellorizo
- Sexta parte. Hacia la Montaña Santa
40. Las muchas vidas de Salónica
 41. Por tierras de Alejandro Magno
 42. Montañas de Macedonia
 43. Monte Athos: la Montaña Santa
 44. La otra cara del Monte Athos
- Séptima parte. Rumbo a Ítaca
45. La isla de Ulises
- Agradecimientos
- Bibliografía
- Álbum de fotos
- Notas
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Este libro está dedicado a Berta,
que un día tendrá la suerte de viajar a Grecia
y descubrirá que es una tierra maravillosa
poblada por dioses, mitos y héroes*

Lleva a Grecia en tu corazón, y sufrirás un infarto.

NIKOS DIMOU, *La desgracia de ser griego*

Aunque hayan derribado sus estatuas y estén proscritos de sus templos, los dioses viven siempre.

CONSTANTINO CAVAFIS



INTRODUCCIÓN

Siempre supe que escribiría un libro sobre Grecia. Desde la primera vez que visité el país, con sólo 20 años, intuí que algún día tendría que hacerlo. Se lo debía por los momentos de felicidad homérica que he vivido en sus islas, por lo mucho que he aprendido allí y por lo que he gozado inmerso en unos paisajes de ensueño en los que reinan sin discusión unas ruinas fascinantes que evocan el esplendor y la sabiduría del mundo clásico. Creo que no exagero si escribo que en mis viajes por Grecia he descubierto la esencia del Mediterráneo y he escuchado el eco de unos prodigiosos seres mitológicos que transmiten de algún modo la máxima grabada en el templo de Apolo, en Delfos: «Conócete a ti mismo».

El británico Lawrence Durrell, gran conocedor de Grecia, escribió en *La celda de Próspero*, el libro que dedicó a la isla de Corfú, una frase para subrayar: «Otros países pueden ofrecerte descubrimientos en cuanto a las tradiciones y al paisaje; Grecia te ofrece algo mejor: el descubrimiento de ti mismo».

Es esto, exactamente esto.

He regresado muchas veces a Grecia desde aquel primer viaje, he viajado a muchos lugares de este maravilloso país y he ido sumando experiencias, pero nunca veía el momento de escribir el libro. «Todavía es pronto —me repetía—. Grecia no se acaba nunca y aún te queda mucho por conocer.» Lo iba dilatando, pues, hasta que en los últimos años las noticias negativas que han ido apareciendo sobre Grecia a raíz de la dichosa crisis económica, me han convencido de que el momento había llegado. Es cierto que

aún me quedan muchas islas por descubrir y mucha Grecia por vivir, pero sentí que tenía que ponerme a escribir cuanto antes un libro que fuera a la vez la narración de un viaje griego, una descripción de sus maravillosos paisajes, un repaso de su apasionante historia, una revisión de su rica mitología y una reivindicación de un país que está en el origen de la cultura europea, en el origen de todos nosotros.

En los últimos años, Grecia ha sido noticia por la gran deuda económica contraída, porque ha tenido que ser objeto de varios rescates económicos y porque se ve obligada a afrontar un futuro incierto. El país sufre una crisis, una catástrofe, un cataclismo, por utilizar palabras de origen griego, pero no debemos olvidar que la historia del continente viene de muy lejos y que incluso la palabra Europa es una herencia de los griegos antiguos. Por eso me indigno cuando oigo a algunos tertulianos sentenciar por radio o televisión que Grecia debería ser expulsada de la Unión Europea porque no ha sabido adaptarse a Europa.

La gente olvida muy de prisa, sobre todo en tiempos de crisis. Llegados a este punto, merece la pena recordar que civilización europea es deudora de Homero, Pericles, Sócrates, Platón, Aristóteles, Sófocles, Heródoto, Eurípides y muchos otros griegos ilustres. Y también de los numerosos dioses y seres mitológicos nacidos en la Grecia clásica, como Europa, la princesa que, según la mitología, fue secuestrada por Zeus mientras recogía flores en un campo de Fenicia. Zeus adoptó la forma de un toro de color blanco para acercarse, y cuando ella fue a acariciarlo, la raptó y se la llevó a la isla de Creta, donde hicieron el amor.

Grecia es, por supuesto, mucho más que una crisis económica o un escándalo político. No podemos ser tan simplistas de reducirlo todo al dinero, a la política y a los dictados de la *troika* formada por la Comisión Europea, el Banco Central y el Fondo Monetario Internacional. Convie-

ne insistir en que Grecia es, además de un país maravilloso, una lección constante de historia, mitología, cultura, sabiduría y vida.

La primera vez que viajé a Grecia tenía 20 años y unas ganas locas de ver mundo. Viajé en autostop desde Barcelona, con la mochila a la espalda, mucho tiempo por delante y una gran confusión mental sobre lo que tenía que hacer con mi vida. Eran aquellos años en los que viajar se había convertido en sinónimo de rebelión, de rechazo de una sociedad fosilizada en la que, como sucede a menudo en las tragedias griegas, el destino de cada uno parecía diseñado al milímetro desde el momento en que nacía; eran aquellos años en los que viajar por tu cuenta equivalía a romper normas y a sentirte vivo. Hoy estabas en un lugar, compartiendo la vida con unos amigos encontrados en el camino, pero no tenías ni idea de lo que harías al día siguiente. Te sentías dueño del tiempo y del espacio, sin planes y sin ataduras; te sentías, por decirlo en una palabra, libre.

Acababa de pasar los meses de verano en Suecia, envasando compulsivamente pepinillos en una granja para reunir el dinero necesario para el invierno, descubriendo la complejidad de las «hiperbóreas hembras» (en aquel tiempo leía mucho a Gabriel Ferrater) y experimentando la emoción y el desasosiego de vivir en un país nórdico que poco tenía que ver con el mío. De regreso a Barcelona, no pasaron muchos días antes de que me diera cuenta de que mi confusión mental no sólo no se había disipado, sino que el paisaje de cada día me incomodaba. Era evidente que lo mejor que podía hacer era volver a la carretera, volver a viajar. Cuánta razón tenía Paul Nizan cuando escribió: «Tenía 20 años; no dejaré que nadie diga que es la edad más bonita de la vida».

Esta vez el cuerpo me pedía un país mediterráneo donde luciera el sol y donde crecieran pinos, olivos, naranjos, almendros, cipreses y viñas, donde el mar no tuviera un antipático color gris metálico y la gente no fuera fría como el hielo. Grecia se me apareció como el destino perfecto: un paraíso mediterráneo tocado por la proximidad de Oriente, con miles de islas donde podría hacer las paces con el mundo y conmigo mismo.

Salí de Barcelona un día de finales de septiembre, bajo un sol implacable que hacía subir el termómetro por encima de los 30 grados. Confiando en el azar y en la bondad de los desconocidos, me dejé llevar por las carreteras de Francia, Italia y el país entonces llamado Yugoslavia. En el camino hubo de todo, como suele suceder en estos casos: momentos buenos y momentos menos buenos, largas esperas bajo el sol, noches pasadas en pensiones de tercera o en márgenes de carretera, amigos descubiertos en los lugares más insospechados y conductores de mirada mortecina que confesaban envidiar mi libertad pero que admitían sentirse incapaces de renunciar a un trabajo y a un estilo de vida que les tenía atados de pies y manos.

Al cabo de seis días, cuando por fin crucé la última frontera, la que me abría de par en par las puertas de Grecia, supe que no me había equivocado: desde el primer momento me sentí a gusto en aquel paisaje punteado de olivos y de pueblos con ancianas vestidas de negro, hombres de aspecto adusto que bebían en silencio en las tabernas, un mar de color azul verano y montañas pobladas de rocas, cipreses, olivos, ruinas, historia, leyendas, dioses y héroes mitológicos.

Todo fue perfecto en aquel primer viaje a Grecia. Ahora que han pasado tantos años veo aquella fuga (siempre huyes de algo cuando tienes 20 años) como un ritual de iniciación que me ayudó a conocerme mejor y me hizo amar un país que vivía entonces bajo una castradora dictadura militar, compensada de algún modo (si es que en los regí-

menes autoritarios puede haber margen de compensación) por el azul poderoso del mar, la belleza de una miríada de islas, pueblos ensimismados que parecían vivir al margen del tiempo, ruinas que evocaban un glorioso pasado y noches en las que el *ouzo*, el *rakí*, los *buzukis* y las canciones presidían una forma festiva, mediterránea, de afrontar los escollos de la vida.

En aquel primer viaje, cuando aún no había leído ni a Homero ni *Zorba el griego*, llevaba dos libros en la mochila: una guía que un amigo norteamericano me había regalado en Ámsterdam, que explicaba cómo viajar por Europa con cinco dólares al día (los precios han cambiado un poco), y *El coloso de Marusi* de Henry Miller.

En aquella época me encantaba *El coloso de Marusi*, un libro que es como una larga carta de amor a Grecia y un himno a la vida, un viaje tanto interior como exterior, con escenas memorables y personajes como Durrell, Seferis y el hedonista Katsimbalis, el auténtico coloso de Marusi. Me gusta mucho una frase de este libro: «Suceden cosas tan maravillosas en Grecia, cosas tan maravillosas y buenas como no pueden suceder en ningún otro lugar del mundo [...]. Grecia sigue siendo un recinto sagrado y estoy convencido de que lo seguirá siendo hasta el fin de los tiempos».

He viajado muchas veces a Grecia desde aquella primera vez, y siempre lo he hecho con el ánimo de quien peregrina a una tierra añorada. No es extraño, puesto que la palabra nostalgia es, como tantas otras, de origen griego: viene de *nostos*, ausencia, y *algos*, dolor. El dolor de la ausencia... Siempre que vuelvo a Atenas siento que me invade la euforia, tal vez porque sé que las islas están cerca, o porque soy consciente de que, incluso sin tener que embarcarme, podré visitar lugares maravillosos como Sunion, Micenas, Delfos y Olimpia, donde late con fuerza el corazón de la Grecia clásica.

Y ahora, después de evocar el pasado, pienso que ha llegado el momento de aparcar la nostalgia y, dando un gran salto en el tiempo, centrarme en este viaje de otoño que contiene, de hecho, la suma de todos los viajes que he hecho por Grecia a lo largo de mi vida. Es hora de renovar mi devoción y mi solidaridad por Grecia, de proclamarla en momentos difíciles mientras revivo las emociones de los numerosos viajes anteriores.

PRIMERA PARTE

LOS GALLOS DE ÁTICA

1

SUNION, REY DEL MAR Y DEL VIENTO

Hace un día tan despejado que no puedo evitar viajar con la nariz pegada a la ventanilla del avión, como hacía de niño, intentando identificar las tierras que van apareciendo a medida que sobrevolamos el Mediterráneo, de Barcelona a Atenas. Me gusta comprobar que los perfiles de la costa coinciden con los de los mapas memorizados en la escuela: el cabo de Creus y el golfo de León, las islas de Córcega y Cerdeña, el Vesubio y la ciudad de Nápoles, la punta de la bota italiana y, ya cerca del final, la península del Peloponeso y las islas de Cefalonia, Zacinto y, la más pequeña, Ítaca, patria de Ulises y de la literatura.

Más allá de la gran mancha blanca de Atenas aparece un amasijo de montañas presidido por los casi 3.000 metros de altura del Olimpo, el hogar de los dioses, y frente a la capital se impone la luminosidad del golfo Sarónico, con decenas de barcos que rayan de blanco el azul del mar mientras navegan hacia las islas o más allá.

Tras aterrizar en el aeropuerto Elefterios Venizelos, inaugurado a raíz de los Juegos Olímpicos de 2004, me apresuro hacia el mostrador de coches de alquiler.

—¿Tengo tiempo de llegar a Sunion antes de la puesta de sol? —le pregunto a la chica que me hace rellenar los papeles.

Ella echa una ojeada al reloj y, fiel a la consigna de mostrarse siempre positiva, me responde con una sonrisa que sí, que si me doy prisa, llegaré.